

García Márquez y Truman Capote

\* \* Crónica de  
una muerte  
repetida

*El día que la mataron  
Rosita andaba de suerte:  
de seis tiros que le dieron  
no más uno era de muerte.*

*("Corrido de Rosita Alvarez")*

*Flavio de Castro\**

Ni el título —nuestro— ni el epígrafe —mexicano— se han escogido con mala intención. Tal vez el título debiera decir **apenas** "Crónica de la muerte repetida" o acaso hubiese bastado escribir "Crónica de la muerte". La muerte es una sola, y tan repetida que el mundo no revienta. Cambian sí —añadiría Pero Grullo— algunas circunstancias, motivaciones, causas o como quiera llamarse a la espesa madeja de contrasentidos —aparentes y reales— que a ella conducen. Por lo demás, la muerte debe tener —tiene, sin duda— tantas maneras de anunciarse como de hacerse recibir, y entonces cuanto se diga o se calle en torno suyo no sirve ni para evadir el anuncio ni para impedir la visita. Que a veces no haya tiempo de enterarse de sus formalidades es otra cosa, aunque por lo general no falta quién se las anticipe, se las revele al prójimo, en momentos de odio y en momentos de amor.

A pesar de la riqueza de sus formas, la muerte no puede evitar repetirse en alguno o en varios de los actos de la trama que el ser humano va tejiendo hacia ella con sus pasos, sus gestos, sus actitudes trascendentales o nimias. Un segundo de vida lo es de muerte: no se vive más, sino se muere más...;

---

\*Profesor universitario en áreas de economía, literatura y lenguaje.

\*\**(Apuntes para una conferencia dictada en Sevilla - España sobre un tema propuesto por alumnos de literatura).*

simplistas reflexiones, también inevitables, que van surgiendo cuando, como ahora, vemos que no hay nadie más en la oficina, que ya oscurece, y oímos que el campanario de la iglesia vecina vibra nitidamente, que sonoriza con algo de postergada y recurrente violencia el ámbito de nuestra soledad. Pero no hay nada como bromear con uno mismo para darse ánimo, y así volvemos a la calle liberados ya de la circunspección luctuosa que había alcanzado a ensombrecernos.

No conocemos sino tres comentarios sobre el libro de García Márquez **Crónica de una muerte anunciada** publicados fuera de Colombia. Todos favorables, no gratuitos sino analíticos, ninguno ditirámico. En Colombia, país del escritor y país nuestro, los críticos se han dividido, como divididos están de continuo entre gente que estudia la literatura y gente que ocasionalmente, y accidentalmente, se ocupa de ella. Algunos de los juicios se escribieron allí con intención encomiástica y resultaron contrarios a la obra y al autor. Otros pretendieron minimizarlos y, por contraste, relievieron virtudes en donde apenas creyeron hallar fallas. Por ejemplo, no ha faltado quién diga que lo mejor de la penúltima novela de García Márquez es su "lenguaje periodístico", cuando la afortunada verdad es que **Crónica de una muerte anunciada** tiene mucho de tragedia griega, abunda en lirismo, alienta con imaginación sobre lo prosaico y ordinario, toma la realidad y le extrae su magia. Pues no es que haya "realismo mágico", un realismo mágico, sino que la realidad es mágica. Verla así, con ojos fuera de lo común, ver más allá de las narices del espíritu, es lo que hace al creador, lo que informa al ingenio.

Otros glosadores, repetimos, no vieron sino carbón donde había, donde hay diamantes. Y comunicaron a los cuatro vientos su pretendido hallazgo, prevalidos, eso sí, para hacerse oír y leer, de la riqueza de García Márquez. Aseguran que éste "mata" a los personajes, que no los "desarrolla", que el lector "se queda con ganas" de saber quiénes son, qué les pasó en definitiva. Pues bien: si hay algo grande en este novelista es su poder, personalísimo —no hay técnica que valga—, para manejar seres y cosas y para jugar con el tiempo. A los seres los inmortaliza en su temporalidad, fugaz o prolongada; a las cosas les confiere categoría enantes inadvertida incluso por dueños y usufructuarios; al tiempo lo hace sonar como en un juicio final o lo aquieta en el cuenco del pecho y lo acalla en el temblor de las palabras. En contadas horas eterniza el drama: desnuda el alma y el pensamiento de los participantes, sin pretender privarlos por entero del íntimo misterio; pone en acción al pueblo—habitantes, calles, casas, cuartos, puertas—; descarna costumbres y creencias y, sutilmente o graciosamente, sin sociologismo de texto ni postiza demagogia, mete alfilerazos y exalta caracteres. Todo dentro del mágico ambiente que extrae del ambiente real como un zumo que sólo está al alcance de los escogidos.

¿Alargar el libro para darles gusto a los que prefieren mil palabras más aunque nada digan? ... Preferimos sus golpes maestros, que tallan, que

graban, que sacuden, que nos ponen a vivir con cada personaje, cada situación. Vivir: amar, gozar, sufrir, soñar; sentir, morir, en suma. ¿De dónde parte para trazar este gran fresco en que lo cromático rebasa lo que describe a fuerza de ir hondo y alto, de observar y de padecer lo que el común no alcanza? ... Parte de un asunto ampliamente explotado en la literatura —la mala literatura, casi siempre—: la virginidad perdida antes del matrimonio por una muchacha recatada y casera, a quien el esposo devuelve a los padres apenas atardecida la que no fue noche de bodas. Tema trillado. La venganza de los hermanos, tema trillado que no da para nota social sino para página roja. Pero ahí estaba, ahí está García Márquez para re-crear el conjunto, para recobrarlo, para apoderarse, penetrándolas, de vidas y circunstancias. Se sabe, desde la primera línea, qué va a pasar: “El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5.30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo”. Suspenso al revés: un poco a lo griego. El caso no es extraño, pero es singular la manera de narrarlo: un poco a lo Shakespeare. La solución (la palabra no encaja bien, como tampoco encajaría la expresión **el final**) es bellísima: la novia devuelta, que nunca estuvo enamorada de su frustrado esposo, se enamora **in crescendo** del ausente, se enamora de su ausencia, como si quisiera revivir al muerto por su culpa en el que vive muriendo por su culpa. Regresa él al cabo de 17 años: “Bueno —dijo— aquí estoy. Llevaba la maleta con la ropa para quedarse, y otra maleta igual con casi dos mil cartas que ella le había escrito. Estaban ordenadas por sus fechas, en paquetes cosidos con cintas de colores, y todas sin abrir”. Ni una palabra más sobre la pareja. ¿Para qué... Se nos ha mostrado la escena intemporal en un enorme espejo que se nos quita de repente pero cuyas imágenes reflejarán en nosotros para siempre: muy a lo García Márquez.

Y ¿a qué viene aquello de “la muerte repetida”?... Ya se dijo: el contorno y algunos factores secundarios pueden parecerse o no parecerse; la muerte es una sola: un plagio mortal... A propósito, algún amigo —garciamarquista de tiempo completo— anotaba cómo hay ciertas coincidencias y analogías en **Crónica de una muerte anunciada** y **A sangre fría** de Truman Capote. Y anotaba también cómo esas mismas coincidencias y analogías acentúan la ya marcada diferencia entre el escritor colombiano y el escritor estadounidense, incapaz del segundo de sacarles partido a los sueños, de quitarle al relato un cierto sabor de acta, de **noticia**; incapaz de asomarse, cuidadosa y dosificadamente, como sí lo hace García Márquez, a lo lírico; de arrancarle a lo cotidiano la mezcla y el precipitado de magia e irrealdad que conlleva; de ayudarles a los vivos y a los muertos con lo que de ellos se puede imaginar si se les indaga por dentro y por encima de su atmósfera terrestre.

En ambos libros son dos los asesinos; uno domina al otro, o parece dominarlo, psicológicamente, y después se cambian los papeles; los pueblos se asemejan, en cuanto hay gente de hábitos precisos, como el celoso cuidado de las hijas, y otra que goza de premoniciones, y confluyen también en que abundan en ellos la suspicacia y el olvido; en García

Márquez el asesinado sueña con pájaros y árboles: "Todos los sueños con pájaros son de buena salud", le comenta la madre pocas horas antes del crimen; en Capote, uno de los asesinos sueña con un gran pájaro amarillo, "un pájaro vengador", al final de una arboleda maloliente; el barco colombiano no se detiene sino que aminora la marcha para que la bendición del obispo caiga sobre el pueblo; los trenes de Kansas tampoco paran en la aldea trágica sino que pasan por allí más despacio para que el correo caiga en su sitio; un homicida yanqui se orina en la cama y moja siempre el recuerdo del pene quemado como castigo; un homicida colombiano sufre una "blenorragia de sargento" y sus padeceres se acentúan a medida que se acerca la hora de las cuchilladas; mil personas se preguntan cuánto habrá costado el funeral al que asisten en **A sangre fría**; Santiago Nasar, la víctima del crimen anunciado, emplea buena parte de su borrachera preagónica en calcular cuánto habrá costado la fiesta de la boda que se frustró sin que él lo supiera.

Y así otras analogías o coincidencias veniales y explicables que, insistimos, sirven ante todo para establecer la distancia literaria, **creativa**, a que están situadas, una de otra, las dos obras. La gran verdad común es que los hechos ocurrieron en el pueblo de Holcomb y en el de la costa caribe colombiana con la muerte triunfante. La muerte sobrevive en los dos casos, lo que no alcanza a ser paradójica horrenda. Pero los victimarios y las causas son totalmente distintos; tanto, que realmente no hubo motivos directos en el drama de Holcomb; tanto, que los pares norteamericanos se complacían en aplastar perros con el automóvil, mientras que los de Suramérica no habían podido acostumbrarse a su trabajo de matarifes de cerdos y se conmovían ante cada sacrificio; tanto, que los asesinos de Capote viajaron velozmente de día y de noche para ultimar a un número indeterminado de personas desconocidas, mientras los vengadores del "honor de la familia" anunciaron en todos los tonos que iban a matar a Santiago Nasar con el notorio propósito de que se le pusiera sobre aviso para salvarlo, de que se impidiera el acto criminal aún a costa de su propio encarcelamiento o de la oposición violenta de los amigos del sentenciado. Capote trabaja, investiga para una sociedad vertiginosa, con lenguaje de luz fría. García Márquez enarbola una literatura de singular fosforescencia, exuberante como el trópico y como éste plena de sorpresas. Capote multiplica las exactitudes formales, como un computador inalterable. García Márquez construye para lo formal un universo insospechado, como si su mente computara sensaciones por sobre toda otra consideración..., pero sin abandonar el mundo físico, rotundo, que lo rodea, sino incrustándose en él para observarlo por dentro, después de haberlo escudriñado codiciosamente, hasta desnudarlo, por los cuatro costados. Capote abunda en detalles policiales. García Márquez taladra los detalles-diamantes, los detalles claves y descubre mil aristas —aristas sensibles— en cuerpos, almas, objetos hasta alcanzar la realidad mágica, que no se puede contar sino bellamente.

Terminemos, pues, a la manera del comienzo, con algo sonreídamente serio. En un cuento —seguramente autobiográfico— de Illian Bacca, otro



colombiano de la costa caribe, hallamos que un muchacho estudiaba para santo: ojos bajos, voz dulcificada, recogimiento, meditación, paladar a media asta por la carne repudiada, temor de huracán al aire que levanta una falda. Contaba el muchacho con el aliento fervoroso de la familia, convencida de la predestinación y autosicoanalizada hasta el máximo en su búsqueda e invención de señales de lo alto. Hasta que un día —un buen día...—, una mulata deslumbrante le desbarató al presunto iluminado, antes de los 14 años y con un ayudado de pechos, la sedicente vocación, e iluminó con luces irreversibles la débil penumbra de la beatitud. Entonces, a estas alturas, al cuentista no le quedó más remedio que terminar como gracias a él queremos y podemos terminar nosotros respecto de Capote y García Márquez:

—Definitivamente, a Freud lo que le faltó fue trópico.